

constitutiva de cada reino viviente, y en el orden de sus respectivos fines naturales; el sentido de verdadero *dinamismo*, el concepto de energía, de actividad, aunque específica realísima, que el *alma* entraña; y las bien probadas diferencias, que dan testimonio ante la razón y la experiencia, de que así como la materia se distingue de la vida, por la virtud y presencia del principio vital ó alma, así los diversos órdenes de la vida se distinguen por las diferencias reales de esta misma alma, bien manifiestas en sus diferentes operaciones: pues como escrito queda (1) «Ni la *comunidad* de propiedades genéricas, ni cierta *lata analogía* de propiedades específicas autorizan para incluir en un mismo orden seres en realidad diferentes por su esencia y naturaleza».

Finalmente; de la doctrina cosmológica importa recordar también para la presente cuestión, que formando la vida el sér, el existir y la individualidad propios del viviente, esta naturaleza individual, existencia y esencia dimanar por completo del fundamento y causa reales de su vida; y que siendo único el principio de la vida en cada sér, como la individualidad de los vivientes más perfectos, por lo menos, arguye de un modo indubitable, del respectivo principio vital ó alma proceden la esencia, existencia y naturaleza de cada sér viviente ó animado.

Aun cuando la recta comprensión de estas ver-

(1) En nuestra Memoria sobre la *Reforma de la Cosmología*. Plan. XXI. Zaragoza.—1889.

dades cosmológicas basta para entender, como legítima y necesaria consecuencia, que siendo el hombre un individuo viviente, la razón y fundamento de esta naturaleza é individualidad, al principio verdadero de su vida debemos referirlos; y aunque sabemos que el alma racional es el principio específico, diferenciador, constitutivo de la vida humana, por la doctrina cosmológica sobre la especificación de la vida; la Psicología estudia de un modo especial la cuestión, al investigar el principio fundamental de todas las potencias vitales; determinando así la síntesis real, como substantiva, de nuestras distintas y diferentes operaciones.

La significación clara y terminante de esta doctrina exprésala con irreprochable corrección el eximio Liberatore, de este modo: «el principio de la vida en el hombre es uno é idéntico, de suerte que la misma alma, por la cual el hombre comprende y quiere sin el concurso intrínseco de un órgano corporal, es también el alma por la cual el hombre siente y vegeta, dependientemente del organismo. En otros términos, nosotros no estamos dotados de muchos principios vitales; sino que en nosotros no hay más que una sola alma, que ejerce por sí misma sus facultades intelectivas, y da al mismo tiempo al cuerpo, al cual está unido, la virtud de sentir y vegetar». (1)

(1) Del *Composto umano*: obra fundamental en su conjunto dedicada á la más científica demostración de la tesis presente.

Que siendo uno solo el principio de la vida humana, es el *alma racional* este principio, forma una verdad casi de conciencia directa; es una tesis demostrada por hechos psicológicos innegables, y por toda la naturaleza del hombre.

En medio de la maravillosa evolución de nuestra vida, desde las regiones de la *inconsciencia*, ó de una conciencia sensitiva, rudimentaria, como elemental y *sin memoria*, ú oscurecida por las influencias del *hábito*, hasta las deliberaciones más elocuentes de una personalidad viva é indomable, vencedora de todas las influencias cósmicas y de las mismas asechanzas internas, manifiesta en las luchas que dentro de nuestra naturaleza mantiene el hombre contra el animal; en medio de las diferentes modificaciones y estados, tendencias y propósitos, obras y empresas, que consumen los diversos períodos de nuestra vida; en medio de la renovación de los fenómenos é impresiones psicológicos, no menos movediza é incesante que la renovación fisiológica de nuestro organismo, por el gasto continuo de sus elementos; la continuidad de nuestro sér y de un mismo sér, con la individualidad de su naturaleza, y la relación de todas nuestras operaciones á ella misma, forma un hecho en razón y en conciencia incuestionable.

Las funciones de la vida orgánica ó animal, aunque ignoradas en sí mismas, respecto del modo de su producción, y de los procesos íntimos de su manifestación y finalidad, como es

justo reconocerlo contra toda exageración animista, contra Stahl y todas las atenuaciones de su infundado vitalismo, las referimos por sentimiento íntimo, oscuro, pero cierto, de nuestra propia vida, á nuestra naturaleza individual, primeramente; después, y por raciocinio inmediato, cuyos elementos tienen raíz experimental en nuestra misma conciencia, al principio de aquella individualidad. Este principio por ser de naturaleza y de persona es único en todo nuestro sér, en toda nuestra vida; la cual siendo nuestra propia existencia personal, de naturaleza racional, no puede tener otro principio fundamental que una alma de esta naturaleza.

Como los efectos tienen realidad y tal realidad por su causa, y las consecuencias valor y tal valor por sus premisas, en el orden universal de los seres lo que el sér es, su existencia, su individualidad, su naturaleza, del principio que lo informa las recibe; resultando en el hombre que su *individualidad consciente*, ser uno y ser el mismo, sabiéndolo y refiriéndolo por conciencia clara y juicio irresistible, á la unidad y permanencia de su sér, es testimonio, en sana razón incontestable, de que en su origen y fundamento es uno solo el principio de la vida orgánica, de la vida sensitiva y de la vida racional; y de que una alma de naturaleza racional es dicho principio.

Siendo uno mismo el de la sensibilidad y de la inteligencia; existiendo también, como ya ex-

pusimos, cierta conciencia, si no del funcionalismo fisiológico, de actos capitales del mismo y de las necesidades que obran como estímulos y fines inmediatos de la propia vida animal; envolviendo la conciencia innegable de nuestro sér y virtualidad cierta especie de *sentido vital*, una como experiencia de la unidad de nuestra vida; reclamándose por algunos cierta forma de una particular *sensibilidad orgánica* para los ocultos procesos órgano-tróficos; y brillando sobre lo que ignoran y lo que saben, lo que explican y lo que presumen las ciencias biológicas, el hecho palpable de la unidad permanente de toda nuestra vida, personificada en la unidad de nuestro yo, para la explicación científica del mismo hay que elegir entre estas dos soluciones.

O dicha unidad, de naturaleza racional, es el argumento y manifestación de la unidad y naturaleza racional del principio de todas nuestras facultades, causas inmediatas de nuestras funciones vitales; ó dicha unidad es pura colección de fenómenos, una ilusión, espejismo psicológico de una personalidad que no tenemos; *la ilusión metafísica del yo*; opinión positivista, que oportunamente examinaremos, y que es error clarísimo cuya defensa sólo se comprende por las necesidades sistemáticas de sentar doctrinas que legitimen en apariencia la negación de fuerzas, de energías, de principios, de almas verdaderamente específicas; para que no quede en la que juzgamos personalidad con conciencia, razón y lí-

bertad, otra cosa que un conmutador de fuerzas mecánicas.

Demostración experimental. La conciencia y la vida: hechos fisiológicos; hechos psicológicos. Nuestras terminantes declaraciones sobre el objeto y naturaleza de la conciencia psicológica, y la perfecta distinción que entre sus actos y los fenómenos fisiológicos expusimos, así como todo el argumento de la doctrina presente y el concepto que del verdadero animismo, opuesto á toda exageración vitalista antigua y moderna, hemos de presentar, ponen nuestros juicios á salvo de que se entienda que admitimos participación de la inteligencia en los actos y procesos órgano-tróficos, en las funciones histológicas; que la vida animal se realice por actos de voluntad consciente.

Pero si á tanto no llega la conciencia psicológica, en virtud de *no ser una misma la facultad, la causa inmediata* de la vida vegetativa y de la vida racional, que existe cierta conciencia sensitiva de nuestra propia vida, por cierto sentido íntimo de nuestra propia existencia, es cosa tan notoria como el que no todas las funciones de la vida fisiológica, ni todos los movimientos orgánicos nos son en absoluto desconocidos por experiencia personal, ni todos han estado siempre sustraídos por completo á las determinaciones voluntarias de nuestra razón consciente.

Conviene distinguir cuidadosamente entre los

hechos que *hoy* ignoramos, porque no tenemos *memoria* de los mismos, y los hechos que hayamos podido ignorar *siempre*, porque *nunca* hayamos tenido *conciencia* de ellos, si realmente esto sucede, y puede suceder de un modo absoluto en los tiempos anteriores á la *vida racional*, ó á la posesión de una *perfecta conciencia*, y en ciertos estados *anormales* de la vida.

Es igualmente necesaria suma prudencia para juzgar sobre los hechos que son y los que no son de *conciencia*, no exagerando en pro ni en contra los dominios de la *sensitiva*, inherente á la *animidad*, sobre los actos relativos á las funciones cardinales de la vida.

Puede parecernos que nunca hemos tenido conciencia de ciertos actos ó fenómenos, porque hoy no la tenemos; cuando la causa de tal ignorancia puede ser que el *hábito* de tales fenómenos los haya puesto, por decirlo así, fuera del alcance de las determinaciones conscientes. Así nos sucede, con frecuencia poco advertida, en actos intelectuales como la numeración, la lectura, la expresión del pensamiento por la lengua nativa, ó por un idioma aprendido con igual perfección que el propio, en la misma composición de los tipógrafos, en el trabajo de muchas artes mecánicas, y en operaciones de nuestra misma vida orgánica como la locomoción, y el movimiento de los órganos de la palabra para la pronunciación de algunas en el estudio de ciertos idiomas.

La clara conciencia y consciente intención con

que en un principio aplicábamos nuestra actividad á la producción de tales fenómenos, llegan con el *hábito* á desaparecer, y hasta anularse de tal modo que dichos actos parecen efectos instintivos, espontáneos de nuestra naturaleza; pues perfección de *naturaleza* les ha dado la costumbre de repetirlos.

Con profunda razón se ha dicho que el *hábito* es una segunda naturaleza; y gráficamente expresó Pascal las influencias del *hábito* al decir que no sabía si la *naturaleza* era un *primer hábito*.

Como los hechos insinuados forman prueba de la unidad del principio de la vida, y de la naturaleza racional de este principio, así forma argumento de estas mismas verdades el hecho de cierto sentido interno, experimental, de nuestra vida orgánica. Para prueba del mismo, á lo ya consignado sobre la conciencia de ciertos fenómenos fisiológicos, y sobre las causas probables de la inconciencia de otros que originariamente fueron, ó pudieron ser, conscientes, añadamos el testimonio, no de filósofos antiguos y modernos, que pudieran ser tachados de imparcialidad espiritualista, incluyendo el criticismo de Kant, con su *sensus vagus*, *sentido de la coexistencia* de Lignac, como Bouillier escribe (1), «que nos advierte continuamente de la presencia del cuerpo», añadamos el testimonio de Lélut.

(1) Ibid. Cap. XXXIII—Conscience de la Vie.

Este eminente fisiólogo, verdadera autoridad sobre la doctrina del sistema nervioso, admite (1), «una sensibilidad ó un sentido interno, que comprende lo que llama instintos viscerales de conservación, de nutrición, de movimiento, con los principios mecánicos y animales de acción. Para Mr. Lélut; el yo ó el hecho de conciencia no es solamente el sentimiento de la voluntad y de las ideas, sino también el sentimiento fisiológico de la existencia, que resulta de todas las emociones confusas debidas á las acciones orgánicas».

Además de esta experiencia de lo que parece un *sentido vital*, la verdadera conciencia de nuestros estados psicológicos da testimonio de dos hechos realmente inexplicables, si no es el alma racional el único principio de toda nuestra vida; las influencias positivas y mutuas de las funciones psíquicas sobre las animales, y la identidad consciente del principio de las operaciones sensitivas y de las intelectuales.

En medio de su innegable diversidad, las correlaciones de los fenómenos psicológicos y los fisiológicos son de palpable experiencia; y estas correlaciones entre actos diferentes por su causa inmediata, por las condiciones determinantes, por su objeto propio, y por su peculiar fin, ni se conciben, ni se explican de otro modo que reconociendo á las operaciones fisiológicas y á las

(1) Physiologie de la pensée—Texto de Bouillier.

psicológicas un principio realmente común, uno é idéntico; siendo una misma el alma-pensamiento y el alma-vida; siendo el alma racional el principio de la vida vegetativa, según la unidad de naturaleza de la persona humana.

Todo es fin y todo es medio en esta naturaleza, se ha dicho con profunda verdad; y la coordinación y subordinación de todas nuestras funciones vitales, en el estado fisiológico, y las mismas alteraciones que éste sufre por el desequilibrio ó inmoderada aplicación de alguna de nuestras facultades, son testimonio bastante sensible de las correlaciones é influencias mutuas que afirmamos. Como las funciones de la nutrición y locomoción están sometidas á las condiciones orgánicas correspondientes, las funciones sensitivas están sometidas á la normalidad del organismo, y las funciones racionales, precisamente por la naturaleza específica del *alma humana*, están subordinadas en su ejercicio á las funciones sensitivas como á sus condiciones. Doctrina bastante demostrada por el análisis y clasificación de los hechos humanos, y por la determinación del sujeto propio de las correspondientes facultades, como causas inmediatas de los respectivos hechos.

Influencias recíprocas de las facultades humanas. La vida vegetativa es necesaria á la animal, é inseparable del mismo en la naturaleza animal, como la vida animal es necesaria á la

racional, é inseparable de ella, en la naturaleza humana. Las funciones de la nutrición influyen sobre la sensibilidad; la sensibilidad influye, excitándolas, alterándolas, sobre las operaciones vegetativas; las sensitivas influyen sobre la vida consciente del alma; y nuestras operaciones racionales, dirigiendo, contrariando, rectificando, dominando operaciones sensitivas, influyen sobre éstas, y por medio de las mismas sobre actos de la vida vegetativa y locomotiva. (1) Influyendo unos sobre otros estos órdenes de operaciones, y subordinados por dependencia é independencia relativas el inferior al superior, según la perfección de cada naturaleza; en la del hombre, su individualidad consciente prueba que la unidad de su naturaleza proviene de la unidad de su principio específico, el *alma-pensamiento*; que resulta ser también el *alma-vida*, en la unidad de composición propia de la naturaleza humana, como ya veremos. Y no pudiendo ser otro el principio de esa unidad viviente y racional que una alma de esta esencia y naturaleza, el alma racional es el principio de toda la vida del hombre, en cuanto la substancia, la actividad, la fuerza anímica está dotada de las diferentes facultades necesarias para el ejercicio de tan diversas funciones y la realización de tan complejos fines; lo repetimos, bajo la unidad fundamental

(1) V. para la descripción y forma de estas influencias la *Antropología* de Frédault. Relaciones entre el orden vegetativo, animal y racional.

y soberanía del yo, sujeto de toda la vida, y la vida misma, toda la existencia humana.

Como doctamente concluye el laureado discípulo de los Hospitales de París, Dr. Frédault; el estudio de estas coinfluencias enseña en cada una, que por encima de ellas, cada acto y cada facultad es, en cierto modo, el sér mismo, para el cual todo se hace, se quiere todo, y todo es ejecutado; y mejor dicho, es el mismo sér que aparece en las diversas relaciones de sus diferentes modalidades. «Lo vegetativo trabaja no para él mismo, sino para el sér, y si excita la animalidad para sus necesidades inmediatas, es ante todo para la existencia misma del sér. La animalidad siente, goza, se mueve para el sér, doma lo vegetativo para atender á sus necesidades, es verdad, pero estas necesidades son las mismas del sér. La inteligencia, excitada por la animalidad y dominándola enseguida, no se desenvuelve más que para el sér todo entero. En una palabra, cada uno de los actos puede tener un fin próximo particular, pero todos tienen un fin común, una razón de ser común, una causa de actividad común».

Si la relación consciente de todas las funciones á un mismo sér, en y para el sér mismo, arguyen la unidad fundamental de todas nuestras facultades, la relación y serie ordenada de los órganos con las funciones respectivas, necesitadas de instrumentos orgánicos más ó menos directamente, revelan la misma alma racional como origen de